

JORGE ARROITA

La primera página de este diario fue de arrancada: tan de arrancada que la terminé perdiendo. La escribí borracho y a oscuras, en un festival, en Portugal, entre unos bosques. La letra era mala aunque mi conciencia buena. Hemingway hablaba de la fiesta como aquello que une, como el pegamento de una generación. Vila-Matas lo hacía sobre el absurdo parisino de las expectativas y la volátil transcendencia del que busca pero no encuentra. La vida no es exactamente como una fiesta, aunque quizá sea lo que buscamos encontrar en ella. Quizá sí lo es más como un festival, en sus diferentes sentidos. Ratos de intensidad irrepetibles con ratos de insomnio, calor asfixiante con momentos de apacibilidad en una hamaca, bailes hasta altas horas de la noche con limpiezas intensivas de un campamento repugnante, tener que andar una hora a comprar provisiones cargado hasta arriba y luego bañarte desnudo en la playa con tus mejores amigos. Un justo balance accidentado.

Salamanca, mi ciudad natal y vivida, es el perfecto ejemplo de esta tensionada justicia. Aquí, la cultura y la fiesta conviven en imperfecta armonía, compensándose entre sí hasta alcanzar, de tiempo en tiempo, los justos destellos de una extraña simetría. Un día un amigo mío, Olmo, me dijo que yo funcionaba con una especie de caos ordenado. Desde entonces lo tomé como definición, quizá incluso como máxima. Creo que nuestra generación no funcionamos acorde a ~~o~~ buscando un término medio aristotélico, sino contraposiciones de extremos hasta llegar a un punto medio concretable, aunque volátil y cambiante, gracias a esa misma pugna indefinida. Funcionamos, ~~o~~ al menos yo funciona (no quisiera extender mi praxis) compensando excesos de una y otra parte, intentando ha-

llar en esa caótica ordenación algún tipo de estabilidad, por
cruca e inestable que sea. Más tarde comprendí que el problema
no era en sí ese, pues creer que la regularidad existe, que lo
estable se inscribe dentro de lo posible, es de ser un iluso; el
problema era (y es) ir desarrollando esa compensación de extre-
mos a modo de picos, angulares y cortantes, cuando esta debie-
ra ser una onda suave, para funcionar (más) correctamente. Des-
de entonces llevo intentando hacer del ángulo curva y de la dis-
tensión intensión (y viceversa), sin demasiado éxito. Creo que
moriré intentándolo, gracias a dios y a pesar de todo.

Antes de salir de Salamanca hacia Portugal, nos encontrábamos cargan-
do el maletero hasta el máximo de sus posibles, cuando al tratar de
cerrarlo bajo presión, la luna trasera reventó y su cristal se deshizo
en mil pedazos cortantes, apilados sobre nuestras pertenencias, que tu-
vimos que limpiar con cuidado. El seguro no lo cubría, teníamos que
pagar, además de retrasar el viaje. Después de pensarlo y recoger los
pedazos, me pareció una bonita metáfora. Hasta me alegró que ocu-
rriera, en cierta forma. Es bueno aceptar lo que nos viene, una vez
venido, y valorarlo en su misma condición y ocurrencia como un
hecho positivo, didáctico, o como mínimo aceptable. A veces
intentamos conseguirlo todo, absorber todo aquello que queremos
como esponjas: tenerlo todo, hacerlo todo, sentirlo todo.
Vivirlo todo. Y, simplemente, a veces el cristal tan solo se rompe.
Vuelvo de viaje, de nuevo. Una de esas vueltas que marcan, como
sutilmente, el fin del verano que todavía no ha llegado. Me

encuentro en un estado de ánimo melancólico, mi confianza en el mundo se quiebra de a un poco. Sobre todo, tiene que ver con que discutí con un amigo. No suele ocurrirme, pero (quizá precisamente por ello) cuando ocurre me afecta de forma profunda: algo se me espina en el alma. Pierdo la confianza en el mundo, que con tanto ahínco busco por mantener. Siempre he tenido ese miedo, desde pequeño: el miedo a volverme arisco en algún (quizá preciso) momento, a que mi ánimo se atempere a la desconfianza, o incluso a la desgracia. Miedo a que mi ánimo, jovial, inocente y confiado por naturaleza, se agrie como se agria un vino viejo y mal conservado... No creo (o espero) que pase, o al menos no del todo. Pero el miedo ahí se mantiene, latente como un animal al acecho, como aquella bestia en la jungla con la que Henry James nombró uno de sus grandes relatos, y de forma tan paralela a este sentimiento que siempre quedo arraigado en mis entrañas, aunque tampoco él lo definiera o explicara nunca del todo, como hacen los buenos escritores que se precian, en los momentos que así debe hacerse.

Continué este diario tras largo tiempo pasado, después de retirarme al pueblo unos días, en una pequeña judería en medio de la sierra. Este es mi habitual método de curación, de reencontro con mis propios medios y sentidos, cuando necesito volver a aprender lo que es la pausa, la calma, el retorno: la consistencia. A veces la excesiva densidad, aun pareciendo el paladín de la consistencia, su mayor valor, puede llegar incluso a ser su peor enemiga.

A veces ~~las~~ las interrelaciones también necesitan de su distancia. Si en algo creo y confío en este mundo, es en que él mismo, las cosas, nosotros, todo, está con-formado por interrelaciones, más que por sustancias. O al menos que son ellas las que subyacen a las sustancias, las identidades y las apariencias: lo verdadero, lo profundo, lo último que queda y se mantiene cuando se desliza la máscara del ego y del pensamiento, cuando se diluyen la sombra y el espejo, cuando cae la última capa del orden, la semblanza o la jerarquía, el último pétalo de la rosa, la última insignia, palabra o bandera. Si algo somos, es lo que nos afecta, pero sobre todo, lo que afectamos en el mundo que nos rodea.

El mundo, tanto como nosotros, es (somos) interrelación, retroalimentación, y si estas dos funcionan, quizá incluso recursividad. Decía Ernesto Castro, con perspectiva y con habilidad, que son los actos de generosidad entre individuos o comunidades, los que abren nuevos paradigmas éticos, lo que hace que evolucionemos como seres morales, que respetemos al otro e incluso lleguemos a considerarlo, no como otro sino como uno. No obstante, creo que hay un matiz necesario que hacer al respecto. La generosidad es solo puntual; y nunca, o no solo de por sí, recíproca (por mucho que queramos considerarlo lo contrario, y por buena aun así que sea). Es la empatía, es decir, la generosidad bien interrelacionada

y retroalimentada (si el adjetivo da vida o mata, el prefijo o hace renacer o remata), el principio ético por excelencia, aquello que subyace a toda relación humana, que la degenera o la realza. Solo verdaderas interrelaciones bien retroalimentadas, nunca actos, deseos o querencias unilaterales, son las que aguantan, se desarrollan y evolucionan: la verdadera regularidad, la norma seca y plana, nunca existe del todo en este mundo (ni siquiera las llamadas 'leyes naturales', que tienen potencial de cambio, como señalaba Meillassoux, y de hecho ya cambiaron con la inflación pre-BigBang, supuesta, y los instantes posteriores a esta). Pero sí la recursividad, el correcto y fértil mantenimiento de aquello que amamos y, sobre todo, cuidamos. De poco vale el cariño, el amor, sin su cuidado; de poco el cuánto amar sin trabajar el cómo. La escucha, la adaptabilidad, el respeto y el perdón. Nada es lo que deberá ser, sin interrelación y retroalimentación. Todo lo que no obseve y no busque estos dos principios terminará disolviéndose en la nada, en otras cosas, nuevas y buscando su justa medida, su justa correlación. Nada será recursivo si no alcanzamos a entender que no vale con un acto puntual de generosidad (o varios), con un regalo, con la ayuda o incluso con el amor, que se necesita algo más, para que prospere cualquier relación: saber perdonar, preocuparse, la consistencia, la interacción. El trabajo, al fin y al cabo, la parte que siempre queremos dividir y esquivar, pero que siempre termina siendo, o nuestra condena o nuestra salvación.

Rekursividad, consistencia: lo que sea. A veces no tiene sentido pensarlo tanto, proyectar. A veces solo hace falta una pequeña luz, el destello ligero del sol sobre una piedra al atardecer. Epifanía, lo llaman. Quizá solo la vida, reclamando de nuevo su lugar. Quizá solo el desear, que el mundo sea más de lo esperado: más sorpresa, menos responsabilidad. Menos recursividad y consistencia. Un fruto que otorga su carne y sus semillas al entorno que le rodea, sin preocuparse por su integridad y, sobre todo, sin esperar demasiado a cambio.

Hay días que una conversación salva el mundo, tal y como lo conoces. Otros, que el peso del malentendimiento no soporta los cimientos de los buenos actos, ni siquiera de la razón. Entre medias, escuchaste a cinco pájaros cantar, a otros cientos no. Cinco niños murieron entre una descarga de metralla, y un amigo tuyo te hizo sonreír.

No sé si la memoria es un sabio esclavo, o un rebelde iluso. Lo que sí sé es que se traiciona a sí misma, de cualquiera de las dos formas.

Deda Richard Rorty que la verdad es un móvil ejército de metáforas. ¿Qué es la mentira, pues? La única respuesta lógica, es que solo puede ser lo mismo.

Ángel González, "Símbolo": "El agua clara significa: espera.

Restos de luz en el atardecer: olvido".

El otro día hablé de algo de lo que no tenía que haber hablado con la persona con quien lo hablé. No fue con mala intención alguna, sino al contrario, en un momento de total ~~ampli~~ complicidad y apertura: pero de poco importa eso, de poco las intenciones ante el daño. No obstante, hay una lección tras todo esto, una que intento siempre aprender, y que aun así siempre se me escapa, levemente, de las manos: que también importan los medios y las consecuencias, y no solo los principios, las intenciones y los fines; que la forma o la circunstancia en ocasiones determinan, oscurecen o deforman el contenido, sea en la literatura o sea en la vida. Al hablarlo con la persona a la que le afectó y molestó, hice al menos bien en recordar ciertas máximas que de há un tiempo llevo escritas en un papel dentro de mi cartera, y me enfoqué en pedir perdón y centrar la conversación en la importancia de sus sentimientos dañados, más que en intentar ofrecer mi versión y restarle importancia, aun señalando que no había mala intención de fondo. Considero que estuvo bien hacer eso, tanto como mal lo que lo precedía, fuera de las intenciones que bajo el acto subyacieran: feedback positivo y feedback negativo, ambos valiosos por igual e igualmente necesarios a futuro a pesar de su presente. Los acepto, una vez ejecutado el fallo, y me doblego ante ellos, esperando no ser tan idiota la siguiente vez.